

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE

RESUMEN

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO AL  
PROF. EDGARDO FUENTES COLÓN EN CUMPLIMIENTO DE  
LOS REQUISITOS DEL CURSO TBS 302  
TEOLOGÍA BÍBLICA Y SISTEMÁTICA II

POR  
PABLO S VALENTÍN CARABALLO

SAINT JUST, P.R  
OCTUBRE 2025

## Resumen – Capítulo 3: ¿Qué es el mundo? ¿Quiénes somos?

El capítulo tres del libro Introducción a la Teología presenta una de las preguntas más fundamentales de la reflexión cristiana: ¿qué es el mundo y quién es el ser humano dentro de él? Estas preguntas han acompañado a la humanidad desde sus orígenes y la teología busca responderlas desde la revelación divina. A diferencia de las ciencias naturales o de la filosofía, la teología no se limita a describir los procesos que dieron origen al universo, sino que afirma que detrás de toda la creación existe un propósito divino. Por lo tanto, el mundo y la vida humana no son producto del azar, sino expresión del amor, la sabiduría y la voluntad de Dios.

El autor comienza exponiendo la doctrina de la creación, fundamento esencial para toda comprensión teológica del mundo. La Biblia enseña que Dios creó todas las cosas visibles e invisibles. Este acto creador revela que Dios es la fuente absoluta de la existencia. Nada en el universo tiene vida o propósito por sí mismo, sino que todo depende del Creador. En el pensamiento cristiano, crear no significa simplemente “formar” o “transformar”, sino hacer surgir algo de la nada, lo cual refleja el poder y la soberanía de Dios. La creación no es un evento aislado del pasado, sino una realidad continua: Dios no solo creó el mundo, sino que lo sostiene, lo preserva y lo dirige hacia un fin.

El texto enfatiza que la creación es una expresión del amor divino. Dios no necesitaba crear el mundo, pero lo hizo como acto de libertad y generosidad. Cada elemento de la naturaleza refleja la intención de un Dios que ama lo que ha hecho. La creación, por lo tanto, no es un conjunto de cosas sin sentido, sino un sistema ordenado que manifiesta la gloria de su Creador. En el relato de Génesis, la frase “y vio Dios que era bueno” se repite como un sello de aprobación divina. El autor resalta que la bondad de la creación forma parte del mensaje teológico: el mundo, en su estado original, fue bueno porque provenía de un Dios bueno. La maldad, la corrupción y el sufrimiento no pertenecen al diseño original, sino que son consecuencia del pecado humano.

El relato bíblico de la creación debe entenderse teológicamente, no científicamente. No se escribió para explicar los mecanismos físicos del universo, sino para afirmar que todo proviene de Dios y existe bajo su autoridad. La Biblia no busca reemplazar la ciencia, sino ofrecer una visión del propósito último de la existencia. Por ello, el libro señala que la creación no se puede comprender plenamente desde la razón humana; requiere fe para reconocer la acción divina en el origen del mundo. La teología cristiana, entonces, proclama que el universo no surgió por necesidad, sino por decisión soberana. Dios es el Creador, y toda la realidad depende de Él.

En un segundo momento, el capítulo desarrolla la relación entre creación y ciencia. El autor explica que la ciencia y la fe no deben verse como fuerzas opuestas, sino como formas diferentes de conocimiento. La ciencia estudia los procesos naturales y las leyes que rigen el universo; la teología interpreta el sentido de esos procesos a la luz de la revelación. Cuando se comprende correctamente, la ciencia puede enriquecer la fe, mostrando la grandeza, el orden y la complejidad de la creación divina. Por otro lado, la teología recuerda a la ciencia que el conocimiento humano tiene límites: no puede responder a las preguntas sobre el origen último, el propósito ni el sentido moral de la existencia.

El texto señala que los conflictos entre fe y ciencia surgen cuando alguna de las dos intenta invadir el terreno de la otra. Si la ciencia pretende negar a Dios basándose en sus descubrimientos, se convierte en ideología; y si la fe busca imponer explicaciones científicas sin base, pierde credibilidad. En lugar de enfrentarse, ambas pueden coexistir y dialogar. La ciencia nos muestra el “cómo” de las cosas, mientras que la teología nos revela el “por qué”. Comprender esta diferencia permite al creyente valorar la ciencia como una herramienta que despierta admiración por el Creador. Estudiar la naturaleza, según el autor, es también una forma de alabanza, pues el conocimiento del mundo conduce a reconocer la sabiduría divina que lo sostiene.

En la segunda parte del capítulo, el autor se centra en la criatura humana. En el conjunto de la creación, el ser humano ocupa un lugar especial. Fue creado a imagen y semejanza de Dios, lo que significa que comparte con su Creador ciertas cualidades espirituales y morales. Esta expresión bíblica no implica que el hombre sea igual a Dios, sino que fue hecho para reflejar su carácter y representar su autoridad sobre la tierra. Ser imagen de Dios implica

ser racional, libre, creativo y capaz de amar. Estas características distinguen al ser humano de los demás seres creados y le otorgan una dignidad única.

El libro explica que, según el relato de Génesis, Dios formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz aliento de vida. Este gesto muestra la unión de lo material y lo espiritual en la naturaleza humana. El cuerpo proviene de la tierra, pero la vida procede de Dios. Así, el ser humano es parte de la creación y, al mismo tiempo, su administrador. Posee la capacidad de reflexionar sobre sí mismo y de tomar decisiones morales. La libertad humana, sin embargo, implica responsabilidad: el hombre puede obedecer o desobedecer, amar o rechazar a Dios. Por eso, el texto enfatiza que la imagen de Dios no solo es un privilegio, sino también una tarea: el ser humano está llamado a vivir conforme al carácter de su Creador.

Otro punto importante es que la creación del ser humano incluye la relación con los demás. La Biblia presenta a la humanidad como una comunidad. “No es bueno que el hombre esté solo”, dice el texto de Génesis. Esto significa que el ser humano está diseñado para vivir en relación: con Dios, con su prójimo y con la naturaleza. La vida en comunidad refleja el amor y la interdependencia que existe en la misma naturaleza divina. Por tanto, la soledad, el egoísmo y la indiferencia van en contra del propósito de la creación.

Después de describir la bondad del diseño original, el autor aborda la realidad del pecado humano. Aunque el ser humano fue creado bueno y libre, decidió apartarse de la voluntad divina. El pecado, según la teología cristiana, no es solo una acción mala, sino una condición espiritual: es vivir de espaldas a Dios, pretendiendo ser autosuficiente. Al desobedecer, el hombre rompió su comunión con Dios, perdió su equilibrio interior y dañó la creación. La entrada del pecado trajo desorden, sufrimiento y muerte. Lo que antes era armonía se convirtió en conflicto. La creación entera quedó afectada por la rebelión humana.

El texto explica que el pecado también distorsiona la imagen de Dios en el ser humano. Aunque esa imagen no se destruye completamente, queda dañada. El hombre sigue siendo criatura de Dios, pero su corazón se inclina hacia el mal. De ahí surgen la injusticia, la violencia y la explotación. El pecado no solo afecta la relación con Dios, sino también las relaciones humanas: genera división, egoísmo y abuso. Además, afecta la relación con la naturaleza, pues el ser humano deja de verla como creación divina y comienza a tratarla como objeto de uso. Esta visión equivocada lleva a la degradación del medio ambiente y a la pérdida del respeto por la vida.

El autor insiste en que Dios no abandona su creación. A pesar del pecado, su amor permanece. Desde el principio, Dios toma la iniciativa para restaurar lo que se perdió. La historia de la redención comienza en la misma historia de la creación. El ser humano, aunque caído, sigue siendo responsable ante Dios. La gracia divina ofrece la posibilidad de un nuevo comienzo, pero requiere arrepentimiento y obediencia. La fe cristiana proclama que, en Cristo, la imagen de Dios se restaura plenamente y el ser humano puede recuperar su verdadera identidad como hijo de Dios.

El capítulo concluye con una reflexión sobre la responsabilidad humana como criatura de Dios. Ser creados implica vivir de manera responsable. El hombre no es dueño del mundo, sino su administrador. Todo lo que existe le ha sido confiado para cuidarlo y desarrollarlo conforme a la voluntad divina. La responsabilidad abarca tanto lo espiritual como lo material. El creyente debe reconocer que la creación no le pertenece y que cada acción tiene consecuencias. La destrucción del medio ambiente, la injusticia social y el egoísmo humano son señales de una humanidad que ha olvidado su papel de mayordomo. Por eso, el autor llama a recuperar una ética de la creación que reconozca la soberanía de Dios y el deber de cuidar lo que Él ha hecho.

La responsabilidad también se expresa en la vida moral. El ser humano, como criatura de Dios, debe actuar con justicia, amar al prójimo y buscar el bien común. La fe no se limita a las creencias, sino que se traduce en una forma de vida. Obedecer a Dios significa responder con gratitud al don de la vida y poner los talentos al servicio de los demás. Esta actitud de obediencia y servicio refleja la verdadera libertad, que no consiste en hacer lo que se quiere, sino en vivir conforme al propósito divino.

En este sentido, el autor presenta una visión esperanzadora del mundo y del ser humano. El mundo es bueno porque proviene de Dios, y el ser humano tiene valor porque fue creado a su imagen. Aunque el pecado ha distorsionado esa realidad, la gracia de Dios ofrece restauración y esperanza. La teología cristiana, al afirmar la doctrina de la creación, invita al creyente a reconocer que la vida tiene un sentido que trasciende lo temporal. El universo no es un accidente cósmico, sino el escenario donde Dios se revela y donde el ser humano está llamado a responder con fe, gratitud y responsabilidad.

En conclusión, el capítulo tres de Introducción a la Teología enseña que el mundo y el ser humano tienen su origen en el acto creador de Dios. La creación revela su bondad, la ciencia puede ayudar a admirar su orden, el pecado explica la ruptura de esa armonía y la responsabilidad humana apunta a restaurarla mediante una vida conforme a la voluntad divina. Esta comprensión teológica del mundo y de la humanidad da sentido a la existencia y orienta al creyente a vivir con propósito. El mundo no es un caos sin dirección, sino una obra divina en la que cada ser humano tiene un papel que cumplir para reflejar la gloria de su Creador.